

arenas y los pantanos. Luchando con una naturaleza tan poderosa no les fué dable pulirse; sin embargo, dejaron grandiosos monumentos primitivos en las orillas del Ohio, del Illinés, del Misuri, del Tennessee; luego (¿quién sabe á consecuencia de qué acontecimientos?) atravesaron las Cordilleras y fundaron los imperios de Méjico y Perú.

Ya hemos mencionado algunas de las antigüedades de Méjico, donde cada día nuevos descubrimientos manifiestan las comunicaciones de aquellos pueblos con los del Nilo y del Mediterráneo, como también su origen oriental. En diciembre de 1842 la Sociedad de anticuarios de Londres recibió una carta del capitán Napean que anuncia haber encontrado en la isla de los Sacrificios en el golfo de Méjico, ídolos, instrumentos de música, vasos, y entre otros objetos dos estatuas de barro, de dos pies de alto, con los ojos cerrados, los labios abiertos, anillos en las narices y en las orejas, y el cuerpo pintado de encarnado y azul. Estos objetos varían de carácter de los que se encuentran en la América central, al paso que se asemejan á los del mundo antiguo: las estatuas á las de los egipcios, las hachas de piedra á las de los celtas, muy numerosas en Francia y en Inglaterra. En el mismo año el alemán Uhde volvió de Méjico, después de haber pasado allí veinte y tres años en indagaciones históricas y arqueológicas. Ahora bien, entre las antigüedades de su rica colección, hay cierto número que manifiesta la relación de aquel país con el mundo antiguo: cincuenta y dos vasos de barro de un pie á pie y medio de altura, son etruscos, y están cubiertos de figuras que representan divinidades griegas, romanas, egipcias, indias: se aguarda el catálogo y la explicación.

No es sólo allí donde se encuentran monumentos de una antigüedad muy remota, sino también en países que en la época de los descubrimientos no conservaban ninguna señal de cultura. También en 1840 se han desenterrado en los desiertos de la América del Norte los restos de una gran ciudad medio sepultada y de que no habla ninguna tradición. Estos antiguos monumentos de un mundo que sin embargo llamamos nuevo, pueden distinguirse de dos clases: algunos son el resultado de la fuerza, como armas, utensilios, túmulos, y susceptibles de ser producidos hasta por naciones incultas; otros no pueden ser ejecutados sino por un pueblo adelantado ya en las artes y las ciencias.

Pertenecen á los primeros los extensos diques y los baluartes de algunas ciudades; las obras ya mencionadas de los Toltecas, Pelasgos de aquel mundo; los inmensos atrincheramientos descubiertos en los Estados Unidos, desde el lago Ontario hasta el golfo de Méjico, y entre los Alleganis y las montañas Pedregosas. En Cuzco y en Hollaytaytambo, los antiguos peruanos sobrepusieron, no grandes pedazos de piedra, sino rocas enteras perfectamente unidas, sin no obstante, conocer ci-

mentos ni palancas, ni otras máquinas (11). Se ven cerca de Casamalca, en el Perú las ruinas de una ciudad muy grande, con casas escalonadas. Las más bajas son de piedra que tienen hasta doce pies de largo y siete de alto; y que probablemente fueron sacadas cavando un canal subterráneo para llevar aguas á la ciudad al través de las montañas. Vastos recintos polígonos, con dos hileras de banquetas en medio de lugares estériles y desprovistos de agua en el estado de Ohio, parecen haber sido destinados, no para proteger á las cabañas de las tribus, sino para servir de anfiteatros á los bárbaros espectáculos del asesinato de los prisioneros. Hombres de guerra han pretendido reconocer nociones de táctica en la disposición angulosa de aquellas ciudades, de las cuales algunas presentan muros hasta de veinte y cinco metros de espesor en su base (12).

Los túmulos se presentan por todas partes tan diferentes como numerosos: la mayor parte son pequeños; pero hay uno en el Misuri, cuyo circuito en su base tiene dos mil cuatrocientos pies, y su elevación ciento. Hay enfrente de San Luis un centenar de ellos diseminados en diferentes grupos, la mayor parte alineados de Norte á Mediodía, y en forma de paralelógramos. Brackenridge estima que se encuentran más de tres mil sólo en la Luisiana, algunos con cuatrocientos metros de anchura y setecientos de extensión, en los cuales se encuentran esqueletos, armas y medallas de cobre: y en toda la Union no bajan de cinco mil las construcciones de esta clase (13). Semejantes

(11) Comunicacion de M. Gay, al Instituto de Francia, en 1840. Stevenson pretende haber reconocido un cimiento de arcilla en las grandiosas ruinas que se encuentran cerca de Casamarca.

(12) Invitamos á comparar lo que se dice aquí con las ideas que hemos expresado sobre la arquitectura primitiva en el Lib. II, cap. XXII.

(13) *On the population and tumuli of the aborigines of North America.*

Brackenridge cuenta más de quinientos túmulos, algunos de los cuales comprenden más de cien fanegas de terreno. Rafinesque asegura que visitó en el Kentuki quinientos monumentos antiguos, y mil cuatrocientos fuera del Estado. Véase también á

BECK, *Gazetier.*

LATROBE, *Paseo por Méjico.*

DEL RIO, *Palenque.*

WALDECK, *Viaje arqueológico y pintoresco*, y también los viajes de Stephens y de otros; las memorias de la Sociedad Filosófica americana y de la Academia de Nueva York.

BRADFORD, *Antiquity americ. y On the origin and history on the red race*, 1841.

WARDEN, *Recherches sur l'antiquité des Etats-Unis de l'Amérique septentrionale.*

ORBIGNY, *El hombre Americano, ó Viaje á la América Meridional.*

La opinión de Bradford es que los tres mayores grupos de monumentos antiguos en los Estados Unidos de Nueva España y en la América meridional muestran ser obra de

ruinas se estienden por un grande espacio empezando desde el Estado de Nueva Yorck estrechándose á lo largo de los Alleganis al Occidente; al Sur de ellas están la Georgia oriental, hasta el Océano, en la parte más meridional de la Florida, abundan al Oeste en las orillas de todos los ríos hasta mucho más arriba de las fuentes del Misisipi y aun del golfo de Méjico. No llegan al Atlántico sino á la Florida, ni tampoco al mar Pacífico ni á los países frios: lo cual desmentiría á los que quisieran que la Florida haya sido la primera residencia de aquellas naciones; porque se ha observado, por el contrario, que siempre los núcleos de las poblaciones se han formado á lo largo de los ríos y de los mares, al paso que no se presenta ningun vestigio al acercarse al Atlántico.

Si reflexionamos que enormes árboles han crecido á millares en aquellas ruinas; que hay asimismo parajes donde, según el testimonio de hombres competentes, se han renovado dos veces (y sin embargo las selvas una vez devastadas son muy tardías en reproducirse), de tal manera, que aun en el día se distinguen las que fueron asoladas por los conquistadores; debemos referir una antigüedad muy remota al origen de aquellos monumentos.

Hemos acostumbrado al lector á buscar en los sepulcros testimonios de la civilización de un pueblo, y la América ofrece muchos que indican una generación anterior á la raza roja. Se ha descubierto uno en Cincinnati, cuya forma ovalada corresponde á los puntos cardinales, y es la prueba de mucha ciencia arquitectónica. Aquel sepulcro contenía objetos de jaspe y cristal, carbonizaciones, huesos cincelados, planchas de plomo, cobre, mica, utensilios domésticos hechos con conchas. A nueve millas al sudeste del Lancaster. En el Ohio, se encuentra un macizo de ciento cincuenta pies de circuito y diez y nueve de altura, en cuyo interior hay una cueva de tierra erial de diez y ocho pies de largo, ocho de ancho, y uno y medio de alto, cubierta con una piedra cortada con el cincel. En esta piedra había un vaso de dos pies

de alto y media pulgada de grueso, de barro bien modelado y pulimentado; debajo un lecho espeso de cenizas y carbones; en la fosa doce esqueletos humanos de diferente forma y tamaño, y al rededor del cuello de un niño, un collar de conchas, raíces y una piedra cincelada.

Lo que decimos de aquel sepulcro nos dispensará de describir otros, en gran número que fueron la obra de una raza más inteligente y más culta que aquella de que América estaba poblada en tiempo del descubrimiento. Ahora bien, su semejanza en las partes restantes indica, si no una sola nación, al menos la afinidad de los diferentes pueblos.

El arte de construir vasos de barro, arte frágil en apariencia, y sin embargo destinado á durar más que los mármoles, ha sido floreciente tanto en América como en Grecia y en Italia; y es muy curioso comparar los restos de ellos con los del antiguo mundo. Un vaso de barro encontrado en Nashville, en el estado de Tennessee, á veinte pies de profundidad, es de forma redonda: la tapa es plana; redondeada hácia los bordes, y sobrepuesta de una cabeza de mujer, cuyas facciones son asiáticas, cubierta con un gorro cónico, bajo el cual tiene grandes orejas que llegan hasta la barba. Se ha sacado del mismo sitio un túmulo, una figura de hombre de hermosa arcilla mezclada de yeso, sin brazos, mutiladas la nariz y la barba, la cabeza cubierta con una especie de birrete plano, y los cabellos trenzados. Se han descubierto en las murallas medallones de colores, que figuran el sol con sus rayos; pequeños ídolos de diferentes figuras, urnas funerarias de las cuales algunas tienen forma graciosa. Se encuentran en las salinas del Oeste obras de barro de gran dimension. El vaso más grande fué desenterrado en Lancaster: tiene diez y ocho pies de alto y seis de ancho; está cubierto de efigies delicadamente modeladas. El vaso llamado *Triunc*, encontrado á orillas del Cumberland, es aun más extraño: está formado de tres cabezas reunidas por la parte superior hácia el vértice por una especie de cuello de garrafa, que representa dos mancebos y un anciano, pintados de rojo y amarillo muy vivo, con gruesos labios, mejillas prominentes, el cráneo en punta, y sin barba.

Las mujeres americanas no ceden en elegancia á las egipcias. Dos cuerpos de diferente sexo perfectamente conservados se han encontrado en un subterráneo del condado de Warren en el Tennessee: estaban sentadas en cestas de juncos, con las caderas desenchajadas, y las piernas levantadas contra el busto se hallaban envueltas en pieles de gamo preparadas, y un traje de un tejido ordinario hecho de fibras de ortiga bordado de plumas de ave. Tenían después otro traje de piel no preparado, después un manto exterior de tela muy parecida una á la otra, pero sin adornos; y la mujer tenía en la mano un abanico de pavo que podía cerrarse y abrirse. En un sepulcro de Méjico

las ramas de una misma familia; pero ésta debía estar civilizada, con artes, culto nacional y un gobierno regularizado; la uniformidad física y moral prueba que aquellas naciones tenían un origen comun, y que las tribus rojas son los restos, que se volvieron salvajes, de una sociedad culta; que á aquellas naciones civilizadas pueden asignarse dos épocas: la una muy antigua, que duró largo tiempo, si bien indeterminado, y sin alterarse la tranquilidad; la otra agitada por disensiones nacionales é irrupciones de pueblos salvajes; en ella se verificó la caída de los antiguos imperios y la fundación de uno nuevo más vasto. Los primeros establecimientos civiles se hicieron en la América central, desde donde la población se extendió á las dos Américas, empezando en el cabo de Hornos y acabando en el Océano Arctico. Bradford encuentra la raza roja ó cobriza en Egipto, en Etruria, en Madagascar, en la antigua Escitia, en Mogolia, en China, en el Indostan, en el Archipiélago malayo, en la Polinesia, en la América.

se halló en 1576 tanto oro, que la quinta parte, correspondiente al fisco, subió á nueve mil trescientas sesenta y dos onzas.

El cincelado había hecho también progresos, y los collares de oro y de conchas existen en gran número. Las armas y los utensilios son por lo común de piedras muy duras; otras, cortadas con finura, sirven de adorno á los cadáveres. Se ha encontrado en Natchez un ídolo de piedra que tenía la forma humana; en Cincinnati la cabeza y el pico de una ave de rapiña esculpida; en Colombo, en Ohio, un buho; en la orilla de Misissippi, cerca de San Luis, una piedra calcárea que ofrece la señal de dos pies, donde cada músculo resalta con una precisión delicada. En la confluencia de Elk con el Kanhawa, se eleva un macizo de doce pies sobre nueve, donde están figurados una tortuga, una águila con las alas desplegadas, un niño y otros objetos cuya hechura no es muy tosca. Es en el Masachusets donde fué descubierto el *Writing-rock*, inscripción sobre una roca, que los sabios de Europa en vano intentaron descifrar, aunque inclinándose á atribuirlos á los fenicios. La Sociedad real de Arqueología de Copenhague, ha oído en su sesión del 10 de febrero de 1843, un informe sobre los descubrimientos recientes hechos en el valle de Ohio: consisten en una piedra que tiene veinte y cuatro caracteres rúnicos; tenacillas de plata maciza, semejantes á las de bronce, muy numerosas en los sepulcros escandinavos, y tres vasos peruanos idénticos á los vasos etruscos.

Si se encuentran menos obras de metal no por eso faltan del todo. Se ha descubierto en una pared en Marietta, en el Ohio, una taza de plata maciza, de figura de cono al revés, enteramente dorada y de una forma muy sencilla, como la de los mismos objetos de barro. Los peruanos sabían dar consistencia al cobre por un procedimiento perdido en el día, lo cual les permitía hacer instrumentos propios para trabajar los vasos, muebles y alhajas. Pero es preciso que aquel metal fuese poco abundante ó poco fácil el prepararlo, tan raros son los que se encuentran en el día. Sin embargo, con él debía suplirse la falta del hierro.

Cuando la Grecia y Roma tenían tanto trabajo en procurarse papel para escribir, el de magüey era común entre los toltecas y los aztecas, que hacían en él dibujos y geroglíficos. Los libros mejicanos escritos sobre piel, y doblados poco más ó menos como nuestros abanicos, contenían los anales, los procesos, las representaciones astronómicas y cosmogónicas, las ceremonias rituales, los documentos relativos al catastro y á los tributos, cuadros genealógicos: así es que ningún pueblo del mundo hizo tanto uso de la pintura. Las figuras están dibujadas muy incorrectamente; pero con colores muy vivos, de gran duración, y los detalles muy cuidados. Ningún pueblo de América conocía, sin embargo, la escritura alfabética, ni siquiera los caracteres silábicos, al paso que el antiguo continente ofrece tan gran variedad de ellos; las pretendi-

das inscripciones antiguas son, según el parecer de Humboldt, caprichos naturales; sería, pues, preciso creer que el alfabeto era ignorado de los primeros habitantes, ó que fué después olvidado. No se puede llamar tampoco geroglífico á toda representación de un acontecimiento; y las escrituras mejicanas son dibujos que es preciso interpretar como la columna Trajano, más bien que como los obeliscos.

Los aztecas tenían geroglíficos simples para indicar el agua, el aire, la tierra, el viento, el día, la noche, la media noche, la palabra y el movimiento; los tenían también para espresar los números, los días, los meses del año solar; y estos signos unidos á la pintura de un acontecimiento, espresaban de una manera muy ingeniosa si la acción pasaba de día ó de noche, cuál era la edad de los personajes, si habían hablado, y cuál de ellos había hablado más. Se encuentran por una parte entre los mejicanos vestigios de geroglíficos *fontéticos*, que indican, no las cosas sino la palabra. En los pueblos medio bárbaros, los nombres de los individuos, los de las ciudades y montañas, hacen generalmente alusión á los objetos que hieren los sentidos, como por ejemplo, la forma de las plantas y de los animales, el fuego, el aire ó la tierra: ahora bien, estas circunstancias proporcionan á los pueblos aztecas los medios de *escribir* los nombres de las ciudades y los de sus soberanos. La traducción verbal de *Axajacatl*, es rostro de agua; la de *Iluamina*, flecha que hiere al sol: en su consecuencia para espresar el rey Motezuma, *Ithucamina* y *Axajacatl*, el pintor reunía los geroglíficos del agua y del cielo á la figura de una cabeza y de una flecha. Los nombres de las ciudades Macuilxochitl, Guauhtincan, Tehuilojocan, significan cinco flores, casa del águila, y lugar de los espejos. Así era que cuando se quería indicar á estas tres ciudades, se pintaba una flor colocada sobre cinco puntos, una casa de donde salía la cabeza de un águila y un espejo de obsidiana. De aquella manera la reunión de los diferentes geroglíficos simples espresaban nombres compuestos, por medio de signos que hablaban á la vez á la vista y al oído. Con frecuencia los caracteres que indicaban las ciudades y las provincias se tomaban igualmente del territorio ó de la industria de los habitantes.

Humboldt que nos proporciona estas reflexiones, considera estos escritos como pinturas del género mixto, que habían llegado á gran perfección en tiempo de Motezuma. Los tomos que los primeros misioneros llamaban impropriadamente libros mejicanos, contenían nociones sobre objetos muy variados: por ejemplo, los Anales históricos del imperio, rituales que indicaban el mes y el día en que se debe sacrificar á tal ó cual divinidad; representaciones cosmográficas y astrológicas; fragmentos de los procesos; documentos relativos al catastro ó á la división de las propiedades en un pueblo procedimientos de los tributos que se habían de pagar

en tal ó cual época; cuadros genealógicos por los cuales se regían las herencias y el orden de sucesión; calendarios que marcaban las intercalaciones del año civil y del año religioso, y en fin, pinturas que recordaban las penas con que los jueces debían castigar los crímenes.

«Mis viajes á las diferentes partes de la América y de la Europa, dice Humboldt, me procuraron la ventaja de examinar más manuscritos mejicanos que los que pudieron hacerlos Zoega, Clavijero, Gama, el abate Hervás, Carli, autor ingenioso de las *Cartas americanas*, y otros sabios que desde Boturini han escrito sobre estos monumentos de la antigua cultura de la América. He visto en la preciosa colección que contiene el palacio del virey en Méjico, fragmentos de pintura relativos á cada uno de los objetos que llevamos mencionados. Es de admirar la afinidad que existe entre los manuscritos conservados en Velletri, en Roma, en Bolonia, en Viena y en Méjico: es tal, que á primera vista se tomarían por copias unos de otros. Cada uno de ellos ofrece estremada corrección en los contornos, minucioso cuidado en las partes, gran vivacidad en los colores, dispuestos de manera que producen contrastes marcados. Las figuras tienen en general el cuerpo apelmazado, como la de los bajo-relieves etruscos; con respecto á la exactitud del dibujo, ceden á las peores pinturas de los indios, de los tibetinos, de los chinos y de los japoneses. Se distingue en las pinturas mejicanas cabezas de un tamaño enorme, cuerpos escesivamente cortos, y pies que por la longitud de los dedos se asemejan á garras de aves; cabezas dibujadas constantemente de perfil, aunque el ojo esté colocado como si la cara estuviese vista de frente. Todo esto demuestra la infancia del arte; pero no hay que olvidar que los pueblos que espresan sus ideas con ayuda de la pintura, se ven precisados por suerte social á hacer con frecuencia uso de la escritura geroglífica mixta, dando poca importancia á pintar correctamente, como nuestros sabios de Europa á tener buena letra.

«Antes de la introducción de la pintura geroglífica en 648, los pueblos del Anahuac se servían de los nudos y cordelitos de varios colores que los peruanos llaman *quippos*, y que no sólo se encuentran entre los del Canadá, sino también desde muy antiguo entre los chinos (14). Boturini tuvo la felicidad de procurarse verdaderos quippos mejicanos ó *nepohualtzitzin*, encontrados en el país de los tlascalitanos. En tiempo de las emigraciones de los pueblos, los de América se trasladaron del Norte al Mediodía, como los iberos, los celtas, los pelasgos refuyeron del Este á Oeste. Tal vez los antiguos habitantes del Perú pasaron por la llanura de

Méjico. En efecto, Ulloa, que se había familiarizado con el estilo de la arquitectura peruana, se había asombrado de la grande semejanza que ofrecen en la distribución de las puertas y de los nichos, ciertos edificios de la Luisiana occidental con los *tambos* construidos por los Incas. No es menos digno de notar que, según las tradiciones recogidas en Lican, antigua capital del reino de Quito, los quippos eran conocidos de los puruays antes que los descendientes de Manco-Capac fuesen avasallados.» (15)

La prueba de que Méjico y el Perú eran los dos focos de la civilización resulta del cultivo del maíz, que parece haberse extendido de allí á las dos Américas. En el Masachusets, la tradición le hace proceder del Sudoeste; en Nueva York, pasa por un regalo de los indios del Sur, que le recibieron de las naciones más meridionales; en la América del Sur, por el contrario, la procedencia está indicada en un sentido opuesto.

Sin volver á hablar de los tres pueblos civilizados, los europeos encontraron algunas formas de gobierno regular entre los natchez de la Luisiana, y entre ciertas confederaciones de tribus en el Norte y en el centro de los Estados Unidos actuales, como también entre los araucanos. Una tribu de gaspesianos, de la costa oriental del Canadá, distinguía las direcciones de los vientos, designaba por su nombre algunas estrellas, describía en una especie de mapas el país que habitaba y adoraba la cruz. Los indios de los alrededores de Santa Bárbara, en la California, en medio de pueblos feroces y estúpidos, sabían construirse habitaciones seguras y hermosos sepulcros con pinturas históricas; no se casaban más que con una mujer y la respetaban. El resto estaba sumergido en la barbarie. De todos modos es cierto que las poblaciones se encontraban mezcladas. Al lado de los pacíficos habitantes de Haití, los indomables caribes desplegaban su furor. Los brasileños reunían el vigor del cuerpo á la viveza del ingenio; el istmo de Darien alimentaba razas robustas que probablemente habían ido allí de lejos.

Robertson hizo una descripción algunas veces pintoresca, pero siempre sistemática, de las costumbres de los americanos, para ofrecer, como era moda en sus tiempos, un cuadro ideal de la barbarie. Así era que se figuraba uno, al leerla, que todo aquel hemisferio estaba absolutamente en el mismo grado de civilización; añádase á esto que tanto para él como para Paw y para Raynal, todo lo que no se asemeja á la cultura clásica es considerado como bárbaro. La civilización era, por el contrario, muy diferente allí, de tal manera, que Condamine decía: «Para dar una exacta idea de las costumbres de los americanos, sería preciso hacer tan-

(14) LAFITEAU, *Costumbres de los salvajes*, t. I, págs. 233 y 503, *Hist. general de los viajes*, t. I, lib. X, capítulo 8.—MARTINI, *Historia de la China*, p. 21.—BOTURINI, *Nueva historia de la América septentrional*, pág. 35.

(15) Véase HUMBOLDT, *Vistas de las Cordilleras*, donde se encontrará, por decirlo así, un catálogo de todos los manuscritos americanos que existen en Europa.

tas descripciones como naciones hay entre ellos.» Con respecto á los detractores de la civilización y de la sociedad, que en el siglo pasado quisieron hacernos envidiar la condición de los salvajes, deben colocarse entre los novelistas y los utopistas, si es que hablaron de buena fe. El sabio naturalista Lamanon decía á la Perouse, con quien había arribado á la isla Samoa: *los indios valen mil veces más que nosotros*. El día siguiente fué asesinado por aquellos buenos indios, y la Perouse escribía: *los filósofos que ensalzan hasta las nubes á los salvajes, me encolerizan más que los mismos salvajes*.

Es necesario de todos modos distinguir entre el salvaje y el bárbaro, que difieren bajo el aspecto de las cualidades específicas. Así es que aquellos que para trazar un cuadro de la vida de los pueblos no civilizados, confundieron á los indios con los cuales tuvieron que habérselas los primeros conquistadores, con los germanos de Tácito, incurrieron en un grave error. Hay allí poblaciones enteras, como los esquimales, los groenlandeses, los samoyedos, los hotentotes, que nunca podrán ponerse al nivel de los pueblos que aun llamamos bárbaros, como los tártaros, los mongoles y los beduinos. No se harán conquistas en su país, en atención á que no hay nada que las provoque ni que las pague; y el equilibrio de sus facultades parece tan profundamente alterado, que nunca la obra puramente humana llegará á restablecerle. Colocados á los extremos del globo en climas donde la naturaleza derrama la vida con mano avara ó con tal superabundancia que ella misma se destruye; de un aspecto disforme, sufren en sumo grado el predominio de la masa carnosa sobre el sistema nervioso; el ser pensador está disminuido en ellos por la tosquedad de los órganos materiales, y apenas un pálido reflejo del brillo divino los distingue de los brutos. Una inclinación invencible á la inercia entorpece sus facultades, y los encadena al suelo natal hasta el punto, de ser para ellos un suplicio ser arrebatados de él; y hasta los mismos á quienes la necesidad precisa á entregarse á la caza, á la pesca, recaen, cuando concluye la estación, en su torpeza habitual, y se abandonan á los terrores que les inspiran las fuerzas sobrehumanas, lo cual les induce á considerar poblada toda la creación de poderes maléficis y espantosos. Un jefe á quien considerarán como descendiente de raza divina, obtendrá de ellos una obediencia absoluta é irreflexiva, abusarán hasta el punto de abreviar sus días de las bebidas espirituosas que les hacen disfrutar las delicias de una vida exaltada. Robustos é intrépidos por la misma razón de que no conocen el peligro se lanzan con furor contra todo lo que les parece un enemigo; y á sus ojos la fuerza es la única virtud, y la guerra el único derecho.

Tal era el estado en que se encontraban gran número de tribus americanas en tiempo de la conquista; otras, por el contrario se manifestaban apasionadas, valerosas, pacientes contra el dolor, y daban señales evidentes de generosidad, fuerza de

alma; pero aquella misma escepcion sirve para probar que todas las tribus procedían de poblaciones no salvajes esparcidas en otro tiempo por el continente, reducidas después por un largo aislamiento á una degradación que es casi el medio entre el estado salvaje y la barbarie.

La idea de la divinidad existía casi en todas partes más ó menos material; en unas sin apariencia de culto, y en otras rodeada de aparatos mágicos y espantosas supersticiones. Conservando algunas poblaciones el recuerdo de un ser regulador de la naturaleza, que premia y castiga, le tributaban un culto sencillo, y lo reverenciaban ó en el sol ó en otro astro cualquiera, ora como un objeto raro, ora bajo estrañas formas. Sacrificios y amuletos apaciguaban á la divinidad colérica, y proveían á los muertos para la otra vida, de manjares, trajes y armas, como tambien de servidores y mujeres, que se degollaban sobre sus sepulcros. Ciertas naciones tenían la idea de una trinidad, y otras, la de un doble principio del bien y del mal. Los araucanos, los natchez, los cactos se inclinaban al sabeismo. En las orillas del Orinoco superior, Cachimana producía el bien, y Jolokiano el mal; ambos no eran venerados sino en las fuerzas de la naturaleza, y nadie era iniciado en sus ritos sino después de pruebas estremadamente penosas. Los salvajes de la América septentrional elegían cada uno por su *manitu*, ya á un animal, ya á un árbol, ya á una piedra, que adoraban mientras que aquel ídolo les era favorable. En los ritos de algunas tribus del Paraguay, los devotos se arrancaban unos á otros pedazos de carne, picándose con espinas ó agujas de madera durante todo un día. Los minetarios de las orillas del Misuri, se mutilan ellos mismos en la fiesta de julio, ó ruegan á los sacerdotes, ya sea el arrancarles pedazos de carne, ó cortarles la piel en tiras en el cuerpo, atravesarles las espaldas para pasar correas que arrastran después por el suelo, ó clavarlos flechas en las partes más musculosas.

Algunos pueblos estaban gobernados por reyes, pero la mayor parte obedecían á jefes de tribu que dejaban subsistir la libertad. En la Española el cacique trasmitía su categoría á sus hijos. Lo mismo acontecía en la Florida, donde se distinguían con adornos particulares. A orillas del Misisipi entre los natchez, ciertas familias se trasmitían por sucesión una especie de nobleza. En Bogotá, país agrícola, el príncipe gozaba de una autoridad plena, y tenía séquito real, gerarquía, ministros, gabelas, dones y homenajes de súbditos trémulos. Siempre se adherían al soberano ideas religiosas, siendo los príncipes ó considerados como hijos del sol, ó educados en el templo, ó se creían que estaban en relación con la Divinidad. Por lo demás, en todos los lugares donde el gobierno estaba constituido sólidamente, se le veía acompañado de la servidumbre, que hacía del jefe el dueño absoluto de los bienes y de la vida de sus súbditos.

Los ancianos eran reverenciados, y la experien-

cia con cuya ayuda prevenían los acontecimientos ó curaban las enfermedades, parecía tener algo de divina. Aquella opinion se mezcló fácilmente á la de un comercio con los poderes superiores, lo que produjo la creencia general de los encantamientos y hechicerías.

En todas partes la mujer es esclava, considerada como una propiedad y forzada á penosos trabajos, como debe acontecer necesariamente en el estado salvaje, en el que el hombre debe por precisión ocuparse de la caza, de la pesca y de la defensa del hogar. En general, los americanos no tienen más que una mujer, y pasan por frios; hasta se encontró en algunas localidades la poliandria, como en ciertas tribus de los avanes y de los maigueros, donde varios hermanos no tenían más que una mujer, á la manera del Tibet y de Ceilan. Lo que es particular á la América, es la facilidad del parto: apenas el niño ha visto la luz, cuando su madre lo lleva al río para lavarle y bañarse ella tambien; después emprende de nuevo sus trabajos de costumbre. Entre los chirrianos de la provincia de Santa Cruz de la Sierra, al momento después del baño que sigue inmediatamente al parto, las mujeres vuelven á la cabaña donde se acuestan sobre un monton de arena, mientras que el marido se mete en la cama, guarda dieta y recibe las visitas (16). La costumbre de procurar abortos, esponer ó enterrar á los niños, es comun á varias naciones.

La barba y los pelos le faltan á aquella raza, pero no tan generalmente como se cree; los aztecas de Méjico se dejan crecer el bigote; por lo demás, las cabelleras largas son comunes entre los americanos. Hombres y mujeres van desnudos, cubriéndose á lo más las caderas con plumas de diversos colores, y pequeños delantales artísticamente tejidos. Tambien acostumbran á usar el tatuaje, trazando en la piel figuras de diferentes colores, y agujerearse las carnes. La primera de estas operaciones produce un largo tormento; á algunos no les basta el dibujo si no obtienen relieve; así el gusto por los adornos es mayor entre los salvajes que en las naciones civilizadas, puesto que para satisfacerlo se resignan á tan prolongados sufrimientos. Se atraviesan tambien las orejas y quitan los lóbulos hasta el punto de hacer pasar un huevo ó una clavija; algunos se hacen esta operación en las narices y en el labio inferior, que encierra algunas veces un disco de marfil ó de madera, del tamaño de una pieza de cinco fran-

(16) Esta es una costumbre estraña, y muy estendida. El misionero Zuchelli la encontró en el Congo; otros en el Bearn, en la Tartaria, en la India, como tambien en una gran parte de América (PISO, *de India utriusque re naturali*, lib. I, pág. 18). Los antiguos la encontraron establecida entre los cántabros (ESTRAB. *Geog.* III, 250) entre los corsos (DIOD. DE SIC. V), entre los pueblos del Euxino (APOLL. ROHD.) II, v. 1013.

cos. Las mujeres se atan las piernas por encima del tobillo, para que las pantorrillas adquieran una gordura disforme. Pasamos en silencio otros medios de parecer bien, todavia más estraños, así como el uso de untarse ó barnizarse de una manera repugnante todo el cuerpo ó sólo los cabellos. Trasladaremos, sin embargo, la respuesta que dió á Stedman un jóven indio de Cayena, de quien se echó á reir al verle tan untado y lustroso: «Este uso de que haces burla, le dijo, además de embellecer el cuerpo, suaviza la piel, disminuye la transpiración y me resguarda de las picaduras de los mosquitos. Pero ¿por qué razon vais vos lleno de polvos blancos? (esta era la moda de entonces). ¿Por qué perdeis así vuestra harina, manchais vuestro vestido y aparentais tener el pelo blanco antes de tiempo?»

Los indios no se rien en lo general, hablan muy poco, y no revela su rostro ni admiración ni aflicción. El jefe de una casa suele estar ausente por muchos días, y á su regreso no dice una palabra de cuanto le ha pasado. Su voracidad los reduce con frecuencia á abstinencias forzosas. Sus afeciones sociales se limitan á un círculo muy estrecho, fuera del cual no hay más que odio ó muy débiles instintos de piedad. La venganza es para ellos una satisfacción feroz, y hacer padecer á sus enemigos muy largas agonías. La indiferencia por la vida, la llevan hasta el extremo de reunirse por cincuentenas para beber el jugo venenoso del gíatro. Otros celebran sus solemnidades con actos de valor feroz, esponiendo sus cuerpos á los más crueles sufrimientos.

La imprevisión habitual de los indios, su afición á los juegos de fuerza solamente, ó cuando más á los de agilidad, y la rudeza de sus religiones, prueba lo poco que la razón influye sobre la naturaleza. Los americanos, que no están obligados á trabajar para vivir, contraen el hábito de la pereza, que sólo sacuden algunas veces por entregarse á fatigas estraordinarias, como remar y hacer largas marchas. La caza es para ellos, no sólo una diversión, sino su ocupación privilegiada. Buscan para este objeto armas que puedan suplir al hierro que no conocen, y echan mano de piedras y huesos que envenenan para que causen una muerte inevitable. Los indios son singularmente robustos en la Patagonia, hombres y mujeres trepan ágilmente á los árboles, atraviesan los vallados, pasan los rios y luchan á la carrera con los caballos, con tal que no sea por obedecer una orden.

Aun cuando están situados entre los rios más grandes de la tierra, y entre dos vastos mares, no llevaron el arte de la navegación más que á la construcción de simples piraguas, en las que arrosaban los más grandes peligros y se entregaban á combates furiosos con tanta más seguridad, cuanto que nadaban como anfibios. Algunos de ellos desconocían el fuego, y otros lo encendían por medio de la frotación. Para preservarse de los animales dañinos, dormían en lechos colgados,

que hemos aprendido de ellos á llamar hamacas. Eran estremadamente sóbrios, en términos, que la comida de un español hubiera bastado para seis de ellos, no obstante que los españoles son el pueblo de Europa que menos consume. Habian aprendido á procurarse licores que embriagaban, pero luego que conocieron el aguardiente, se apasionaron tanto á él, que daban todo lo que tenían, y hasta sus hijas por obtenerlo. Lo derraman sobre los muertos, á quienes compadecen por no poderlo ya beber.

Mientras que la vida pastoral y agrícola se encuentra en la cuna de nuestras sociedades, en la América se desconocian los rebaños, y apenas se cultivaban los campos. La leche, que tanto se usa en nuestro antiguo mundo, era entre ellos un alimento desconocido, y los indios no habian sabido sacar partido de los innumerables rebaños de bueyes de almizcle, de los bisontes y otros rumiantes que abundan en las inmensas llanuras del Misuri y del Misisipi. En su consecuencia, debian carecer de las verdaderas ideas de la propiedad, además de que en los cantones donde las mujeres sembraban las tierras, se hacia en comun la recoleccion lo mismo que el trabajo, de lo cual resultaba que no habia pobres ni ricos.

Su habilidad en las artes, se reducía á la fabricacion de armas. Se cuidaban muy poco de su habitacion, viviendo amontonados cuando el clima no les invitaba á quedarse al raso. Poseen muy pocos utensilios de casa, comiendo los frutos como los da la naturaleza, asando la carne de los animales y de los pescados, ó cuando más, haciéndola hervir en una concha de tortuga. El pan de cazabe lo sacaban de la raiz del yuca raspándola.

Al paso que eran tan ignorantes respecto á las comodidades de la paz, habian ya adquirido la terrible ciencia de la guerra; y la conquista de los españoles la facilitaron en parte las hostilidades de las tribus ó de las naciones entre sí. Sus combates eran de los más sangrientos, y á pesar de cuanto se suponga gratuitamente acerca de la sencillez de los salvajes, lo cierto es que recurrian con frecuencia á los ardidés, sin que tuviesen por vergonzoso sorprender al enemigo ni causarle el mayor mal con el menos peligro posible. Las expediciones son cortas y sin preparativos como su persistencia, y así se observa que al dia siguiente de haber dado una batalla sangrienta, los vencedores y los vencidos están de regreso en sus chozas. Lejos de ser glorioso perecer con las armas en la mano, lo consideran como una señal de la reprobacion divina. Como si no fuese bastante matar á sus enemigos, se los comen tambien. Hacen sufrir al prisionero horribles tormentos, gozándose en el espectáculo de su agonía, mientras que él, dando muestras de valor, responde á los insultos con insultos. Hace alarde de sus victorias, recuerda al uno que le ha muerto á su padre, y á otro á un hermano; y por último, se pone á entonar su cántico de muerte. Las mujeres y los niños asisten

á esta carnicería que escitan con sus pinchazos, y si no pueden más, con sus palabras mordaces: se hace brotar la sangre de la víctima sobre los muchachos para que aprendan á morir como hombres, y después que ha exhalado el último suspiro, la cuecen y la devoran. ¡Con qué ferocidad tranquila degollaban los sacerdotes de Méjico á centenares y miles de víctimas humanas, á la vista del pueblo ávido de su sangre! Los dientes de los vencidos sirven para hacer collares preciosos; sus cráneos amontonados componen los trofeos y de sus huesos hacen flautas para animar á los combatientes.

Los indios esponian su constancia á las más duras pruebas para habituarse á sufrir valerosamente la muerte y sus terribles preliminares. A veces se cogian del brazo dos jóvenes, varon y hembra, y ponian un tizon entre los dos para ver cual resistia por más tiempo el dolor. En el Orinoco, el guerrero que aspira á ser jefe de su tribu, se somete á largos ayunos, y al fin de ellos recibe de cada jefe tres palos sin que deba manifestar la menor señal de dolor; enseguida se tiende sobre una estera con las manos atadas y se le aplican ciertas hormigas venenosas, cuya terrible mordedura, sea en la parte que fuere, debe hallarle insensible. Pero hay más todavía: se le envuelve en hojas de palmera y se enciende debajo un fuego preparado para exhalar un humo fétido, el cual á veces le sofoca y mata. Si resiste á todas estas pruebas sin quejarse, se le juzga digno de mandar á los hombres.

Estos son medios muy á propósito para hacer predominar el amor de sí mismo, que no quiere sufrir nada por los demás, ni se cree obligado á nada por reconocimiento ni por afeccion de familia. Otra de sus consecuencias es el hábito del disimulo, así es que permanecian ignoradas de los españoles, á pesar de su suspicacia, las conjuraciones en que estaban complicados millares de individuos.

Los salvajes del Paraguay y de la Plata son los más conocidos. Los charruas, poblacion feroz que anda errante desde el Maldonado al Uruguay, jamás pudieron ser domados, y los españoles no consiguieron alejarlos de la costa hasta 1724 que fundaron á Montevideo. La porcion que habita al levante de Uruguay se ha mantenido hasta ahora libre y amenazadora. Son de alta estatura, morenos, con los cabellos espesos y largos, sin barba y de una estremada suciedad: las mujeres se complacen en tener sobre la lengua pulgas y piojos, y ni hilan ni cosen; constituyen su vivienda ramas de árboles encorvadas y su lecho es una piel: no cultivan la tierra y se alimentan de la caza que hacen asar. Su cara no espresa ninguno de sus sentimientos interiores; hablan poco y rien menos, no cantan ni tocan ningun instrumento. No conocen la servidumbre de unos á otros, ni tienen ningun culto; los jefes de familia atienden juntos á la seguridad comun, y dirigen los ataques, en los cuales desplagan una habilidad temible, en térmi-

nos, que más de una vez hicieron huir á los españoles. Cuando muere un padre de familia, sus hijos adultos someten su cuerpo á los más atroces tormentos.

Los pampas que habitan los llanos situados al mediodía de Buenos Aires, son tambien muy feroces; y no sólo no se sometieron nunca al yugo, sino que con frecuencia hicieron sufrir á los españoles crueles pérdidas. Cinco de ellos hechos prisioneros fueron embarcados para Europa en un buque tripulado por seiscientos hombres, y después de cinco dias de viaje, aprovechándose de la libertad en que se les dejaba, se pusieron de acuerdo, y arrojándose sobre las armas mataron muchos hombres, hasta que, abrumados por el número se precipitaron todos juntos al mar.

En el pampa del Sacramento, entre el Uallaga y el Ucayal, y en los parajes próximos al Perú interior, los indígenas eran blancos y las mujeres muy hermosas, llevándose hasta tal punto el esmero por la perfeccion corporal, que mataban los recién nacidos que tenían alguna deformidad. Se vendaba á los otros diferentes partes del cuerpo para hacerles adquirir una hermosura convencional; la cabeza particularmente la comprimian entre tabletas para que se pareciese, como ellos decian, á la luna llena. Los lenguajes varian hasta el extremo en este pais, y parecen todavía más diferentes á consecuencia de las modulaciones que los naturales afectan dar á la voz cuando pronuncian las palabras. Los casamientos se arreglan desde la cuna, y aun cuando no sean indisolubles, la muerte sola es la que con más frecuencia separa los esposos. Se figuran á Dios como un viejo que habita en el cielo, pero no le consagran altares ni templos: creen que los terremotos son producidos por su aparicion en nuestro globo. El genio del mal reside debajo de la tierra ocupado en hacer daño á los mortales por obra de los moanes, hechiceros que emplean como médicos, que son castigados muchas veces, cuando muere alguna persona querida ó poderosa ó se halla atacado de alguna enfermedad. Después de esta vida hay otra donde los parientes y amigos se encuentran en la via láctea, y allí pasan el tiempo en fiestas, en comer, beber y cazar. Algunos creen tambien en su transmigracion á los cuerpos de animales más ó menos felices. Se reunen cuando muere alguna persona á quien aman, y dan alaridos que imitan los gritos de diferentes animales; después queman la choza del difunto y al difunto mismo, con todo lo que le ha pertenecido; encierran sus cenizas en un vaso que depositan en un lugar desierto, y borran todas las huellas que pudieran revelar la sepultura, y hasta prohiben que se hable de ella. Las mujeres, á veces, se comen las cenizas. Los capanagas asan y se comen los muertos. Cuando los roaimanos creen que estarán consumidas las carnes, desentieran los esqueletos, los limpian y depositan en un catafalco de arcilla cubierto de geroglíficos, que colocan en las cabañas como objeto de veneracion.

Sólo á costa de mucho trabajo consiguen afilar las piedras para hacer de ellas hachas: uno de ellos ofreció su hijo mayor al jesuita Richter, si queria darle una hacha y como el misionero le censurase su falta de afeccion por su sangre, le contestó: «Yo amo á mi hijo, y puedo procrear tanto como quiero, pero jamás podré procrear un hacha: además, mi hijo no estará conmigo sino muy poco tiempo, y el hacha me pertenecerá siempre. Aun cuando no tienen más armas que sus toscas lanzas, sus flechas envenenadas y palos endurecidos al fuego, se dan batallas encarnizadas, ó van á luchar con el jaguar, ó á matar los pescados cuando están á flor de agua.

Los patagones, descritos como gigantes por los primeros viajeros, sólo parecen de una estatura más alta por el modo que tienen de ataviarse (17). Se cubren con una gran piel de vicuña que les baja hasta la rodilla, y se pintan de negro el contorno de los ojos y el intervalo que los separa, como si llevasen anteojos: se cortan derechos los cabellos erizados y se los sujetan á la cabeza con una banda, en la cual colocan sus flechas para ir á caza. El cuerpo y la cara lo pintan de diversos colores. Cuando tienen caballos y perros, usan espuelas de hueso ó piedra, lo mismo que la punta de sus lanzas, de sus flechas y el corte de sus hachas: tambien se sirven de la honda con mucha habilidad. Sus chozas están formadas de pieles, sostenidas por estacas, y si ven á un europeo dibujarlos ó escribir solamente, se incomodan como si fuera una operacion mágica y temible. Viven como nómadas, segun los arrastra la caza de los avestruces y de las vicuñas. Como adoran á Chetebol y Cheluda, aullan y gesticulan al salir la luna, inmolan un caballo á la muerte de los más principales de entre ellos, y continúan sus aullidos durante meses enteros (18).

Los americanos se hablaban pues en decadencia cuando llegaron los europeos á sus comarcas. Colon evaluó en un millon el número de los habitantes de la Española. La viruela hizo perecer allí ciento veinte mil; sesenta mil en Cuba, y seis millones en el continente, pero estas evaluaciones son arbitrarias; y si, en efecto, habia en ciertos territorios poblaciones apiñadas, tambien habia inmensos espacios abandonados á una naturaleza inhospitalaria. Algunas naciones que habitan entre el rio San Lorenzo y Méjico, lo mismo que las de Chile, los araucanos y patagones, manifestaron un horror tenaz al yugo extranjero, y lo rechazaron con toda su fuerza. Por el contrario, las que están situadas entre los trópicos acostumbradas á una vida más quieta, no conocieron esa resistencia intrépida que hace retroceder las invasiones. Los pue-

(17) Segun d'Urville, su estatura ordinaria es 1,722 m.; segun d'Urvigni, de 5 piés y 4 pulgadas.

(18) *Monthly Review*, febrero de 1834.

blos de Méjico (19) y el Perú, esclavos de una raza dominadora, se cuidaron poco de defenderla y se sometieron. Desaparecieron de las Antillas los habitantes primitivos; pero no fué así en el continente, donde la población va en aumento en el día, como sucede en la Nueva España. Los pueblos amantes de su territorio, como acontecía á los que se dedicaban á la agricultura y las tribus que habitaban los llanos de Méjico soportaron las vejaciones de los vencedores sin abandonar las tierras labradas por sus padres. Los nómadas que habitaban los países septentrionales abandonaron á los vencedores las sábanas con sus búfalos, refugiándose al otro lado del Gila. Los del Canadá se retiraron también á los montes Alleganis, luego detrás del Ohio, y últimamente al Misuri. Este es la razón porque la raza cobriza es poco numerosa en las provincias interiores de la Nueva España y en los países cultivados en los Estados-Unidos; calculándose además que, después de tantos desastres, las dos terceras partes de la población de Méjico son indígenas, y que lo mismo sucede en todas las colonias de la tierra firme meridional. Los estadistas modernos calculan que de diez habitantes de la América, nueve son actualmente de la raza primitiva (20), lo cual debe entenderse especialmente con

(19) El P. Toribio de Benevento señala diez causas á la pronta despoblación de Méjico: 1.<sup>a</sup> la viruela que fué introducida en 1520 por un negro, esclavo de Narvaez, la cual destruyó la mitad de la nación: Torquemada añade otros dos contagios en 1545 y 1576, que hicieron sucumbir, el primero 800,000 personas, y el segundo mas de dos millones. La viruela penetró mas tarde en el Perú, pero no fué menos mortífera: 2.<sup>a</sup> el hambre, que hizo perecer á una multitud de naturales durante la guerra con los españoles, y sobre todo durante el sitio de Méjico: 3.<sup>a</sup> la escasez que siguió á la toma de esta ciudad, por efecto de la interrupción de los trabajos agrícolas: 4.<sup>a</sup> las rudas fatigas impuestas por los españoles á los que les habían tocado en el reparto: 5.<sup>a</sup> las contribuciones en extremo onerosas, de que no estaba exento ningun indio: 6.<sup>a</sup> el gran número de indios empleados en recoger el oro en los torrentes, sin alimento suficiente, y espuestos á los frios de los países elevados: 7.<sup>a</sup> Las fatigas que sufrieron para reconstruir á Méjico, obra que Cortés hizo proseguir con tanta premura, que muchos de ellos murieron de inanición: 8.<sup>a</sup> La esclavitud á que fué reducido un inmenso número, bajo diferentes pretextos: 9.<sup>a</sup> Los trabajos á que fueron condenados, sobre todo en las minas, cuyas inmediaciones estaban sembradas de cadáveres, y asediadas por nubes de cuervos que peleaban por devorarlos: 10. Las guerras civiles de los españoles, durante las cuales se empleaban los indios como *tamenes*, es decir, como bagajes.

Ulloa indica, al hablar del Perú, otra causa, como una de las principales, á saber: el abuso de los licóres fuertes que, en su concepto, mata más gentes en un año que las minas en medio siglo.

(20) Esta es la opinión de Humboldt, pero Balbi cree que la proporción apenas llega á cuatro; los dos comprenden cuán difícil es averiguar, ni aun aproximadamente, el número de aborígenes que quedan en América. Los Estados Unidos trataron de reconocer, después de 1815, los que existían todavía en el territorio de la Unión. Chevalier (*Cartas sobre la América del Norte*) los estima en 513,000;

alusión á los países colonizados por españoles. Estos, mezclándose con los indígenas, han mejorado la estirpe india, al paso que los ingleses casi no han observado otra conducta más que la de espulsarlos y suplantarlos.

Los que quedaron aislados (*indios bravos*) siguen todavía en el estado salvaje: tienen á la vista el buey, el caballo y magníficas praderas que de vastar de tiempo en tiempo, y viven, sin embargo, espuestos al hambre aguardando el alimento, de la guerra y de la caza, y sin haber contraído de los europeos más que la embriaguez y las enfermedades mortíferas. En las demás naciones, por el contrario, la introducción del caballo y del buey produjo una revolución capital, porque se convirtieron en verdaderos tártaros para asolar el territorio desus vecinos, como los cavalleiros y los araucanos, y otros semejantes á los nómadas del Asia, como los zambos (21), hacen pastar innumerables rebaños en las provincias del Brasil y del Rio de la Plata. A la estremidad meridional, en el archipiélago de Magallanes, los pechereses sólo se alimentan de conchas y otros moluscos, lo que hace que se distribuyan por familias en los sitios en que pueden hallarlos. Los establecimientos colombianos están amenazados sin cesar por los feroces guaivas, mientras que los estúpidos ottomacos que habitan á lo largo del Orinoco viven muchos meses sin comer más que greda.

¿Pero se debe deducir de aquí que sin la conquista de los europeos no se habrían nunca transformado los americanos? La Rusia y la Escandinavia estaban sumidas en la barbarie cuando la civilización era ya floreciente en las llanuras de Anahuac, y toda la raza eslava podía considerarse como muy poco superior á la raza americana. ¿Pero cuán grande aptitud mostraron para civilizarse! Los mejicanos, peruanos y muisquios mostraron mucha inteligencia, y de la antigua raza americana salieron escritores ilustres, tales como Garcilaso de la Vega, Ixtlixochitl, el Ciceron americano, Nica, Tezozomoc, Ponce, Tobar, Camango, Ayala, Zapata, Castillo, Chimalpaire y doña María Bartola; pero en la época de la conquista se hallaban en decadencia hasta los pueblos más adelantados: se habían ya perdido muchos de sus antiguos recuerdos, y tal vez se hubiera tragado lo que restaba, el golfo de los tiempos, si no hubieran llegado los europeos.

Harris, comisionado para los negocios de los indios, en 332,498, y Crawford en 305,695. El gobierno hace en día los mayores esfuerzos para desembarazarse de sus ataques, obligándolos á trasladarse á millares al oeste del Misisipi y de los Estados de Arkansas y del Misuri. Desde 1828 á 1838, hicieron emigrar 81,282.

(21) Hemos dicho que se llaman mestizos los que han nacido de un blanco y una americana; mulatos, los que han nacido de un blanco y una negra; zambos los nacidos de un negro y una india; pero además hay una infinidad de nombres, que designan las gradaciones de estas mezclas de color.

Los demás indígenas parecían inferiores aun á los negros, bajo el aspecto de la inteligencia, aunque les escudiesen en la finura de los órganos; incapaces de crear, les ha sido imposible conseguir por medio de la educación, más que imitar servilmente, aunque con exactitud, las artes europeas. Ni la violencia de los conquistadores, ni la longanimidad de los misioneros, lograron nada en las tentativas que hicieron para civilizar las poblaciones indígenas. A la primera oportunidad que se les presenta, vuelven á la vida libre de los bosques, sin llevar á ella más que el hábito de las armas y del caballo. Ni aun la paciencia de los jesuitas bastó para obtener frutos, sino en las hordas agrícolas, y aun en ellas no se logró una ventaja decidida sino por medio del cruzamiento de las razas.

Raynal y Paw afirman con su ligereza acostumbrada, que la raza americana degeneró con los rudos trabajos de las minas; pero Humboldt ha

visto á los indios resistir durante seis horas un peso de doscientas veinte y cinco libras de mineral, subiendo ocho ó diez veces una escalera de mil ochocientas gradas, bajo una temperatura muy elevada, y muchachos de diez y siete años llevando al hombro cien libras de peso.

Finalmente, se juzga mal de un pueblo, en tanto que las cadenas tienen humillada su frente hasta el suelo. El grito de independencia ha resonado en nuestro siglo, desde los Apalaches á la Patagonia; y en medio de estas agitaciones violentas, semejantes á las tempestades que purifican el aire, y llevan á largas distancias útiles semillas, se ha visto aparecer la fuerza de carácter, sutileza de talento, ambiciones tenaces, firmeza en los designios y el heroísmo verdadero. Así, pues, los que tengan que delinear la historia de la América regenerada, encontrarán hechos no menos gloriosos que los que puede ofrecer la historia de los pueblos más avanzados en civilización.